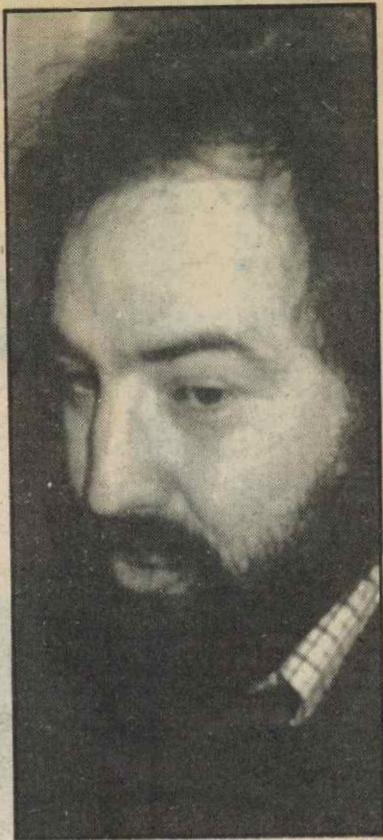


Historietas de la historia

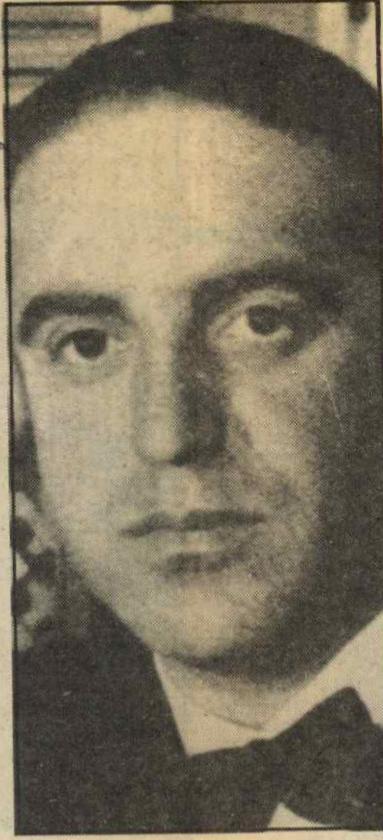
SIEMPRE he sido cocinero de vocación, que no de oficio, pero nunca fraile, ni de vocación ni de oficio. Esto, entre otras cosas, me distingue del teniente general Allendesalazar, de linaje vascongado, que acaba de despedirse de sus quehaceres mundanales —por su pase a la reserva activa— con unas declaraciones tan gratuitas como desconcertantes. Lo propio del soldado es la acción, no la palabra, salvo que sea imprescindible, ética o literaria. Ninguno de estos casos se daba. No hacía falta, por tanto, que un alma piadosa dejase constancia de menosprecio hacia los compañeros que le han precedido en el trance, siempre triste, de decirle adiós a la milicia, según Gracián contraria a la malicia, sólo porque algunos protestan en letra impresa ante los desafueros que, para el nuevo reservista, todo indica que son simples muestras de la legalidad vigente. Ni siquiera los ecos claustrales parece que le recuerden sino para que se extreme su rigor, a los bienaventurados que sufren persecución por la justicia como, por ejemplo, mi amigo Jaime Milans del Bosch, con quien llegó a estar, bisoño, en la 7 Bandera de la Legión, cuando se peleaba por una legalidad vigente muy distinta a la de ahora. Pero esto son minucias, historietas, no historia. Claro que el último titular de la Capitanía General de Madrid, como cualquiera, siempre tiene la senda de la ascética y la conciencia ejemplares para su entrada en la posteridad por las puertas de la hagiografía.

No hay nada como un papel en blanco para perderse en la maraña de las palabras. Yo a lo que iba es a las aficiones despertadas en mí durante los tiempos de la guerra, de la que soy un superviviente lo mismo que la Pasionaria y el teniente general Allendesalazar, Santiago Carrillo o Pedro Laín, Lister o Gutiérrez Mellado. Buena parte de aquellos años, que pese a todo, muchos recordamos como los mejores años de nuestra vida, los pasé en San Sebastián, que llamábamos San Sesta-bién. Rafael García Serrano lo recuerda en su «Diccionario para un macuto», por donde también se sabe que hasta me sacaron, gente fina, en la letra de un carrasclás. Está claro que no iba para santo y sí para famoso, aunque esto de la fama se frustró en seguida. Entre tanto, hice amigos, le tomé el gusto a la buena mesa y, en consecuencia, a los misterios de la cocina y a la lectura de los grandes escritores gastronómicos. Los vascos en general me caían muy bien, y algunos, que conservo entre mis mayores afectos, estupidamente. ¿Será verdad, como pensaba Voltaire, que en ocasiones los pueblos enloquecen, de igual modo que a veces su-



fren la peste? Carlos Pereyra, aquel inolvidable historiador mexicano, tan hispanófilo que hasta murió en España, creía que la enseñanza de la historia sectaria era mucho más dañina que la patriótica. Esto y la manipulación de las multitudes, cada vez más descarada e impune, son la única explicación posible al escándalo inverecundo del País Vasco.

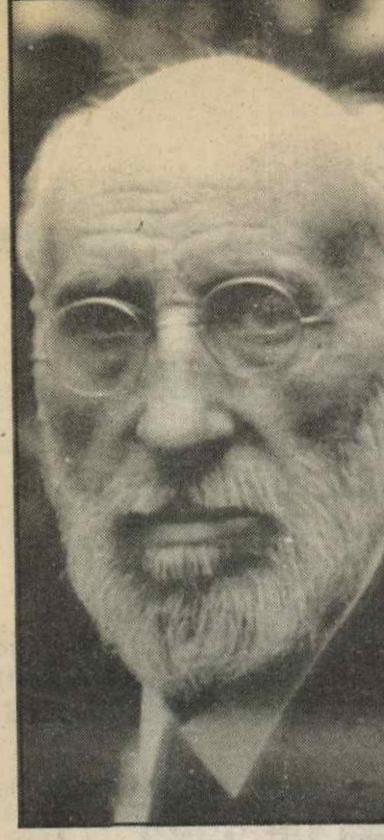
No se sale nunca de una cuando se entra en otra peor. Una ley inexorable rige en las crisis históricas, sobre todo si en ellas interviene el terrorismo subversivo, frente a un Poder débil, con el propósito de sustituirlo constituido en Poder fuerte y establecer el terror desde el Estado. En estas circunstancias, la subversión no cesa jamás en su hostigamiento para cerciorarse de hasta qué punto cede la autoridad desbordada frente a su acoso constante, cosa sabida de viejo, pero archisabida después de la experiencia bolchevique en Rusia, desde el fracaso de la Revolución de 1905 al éxito de la Revolución de 1917. Sin embargo, nadie quiere darse por enterado del terrible trasfondo implícito en cuanto sucede en esta entrañable parcela de España, donde fatalmente gana terreno día a día la sanguinaria hostilidad sin respuesta adecuada. La insensatez de la burguesía nacionalista es, en este aspecto, inconmensurable. Tengo en mis manos un libro, publicado por Ruedo Ibérico, de París, en 1975 con el pseudónimo de Ortzi, y ya en 1978 libremente en España con la firma de Francisco Letamendía, uno de los defensores del proceso de Burgos y diputado de sobra conocido. Se trata de una pretendida Historia de Euzkadí, con la ETA al fondo. Uno pensaba que este asunto del separatismo era cosa de curas y de barberos, pero no de bachilleres, por más desprestigio que lleve en su entraña el título de bachiller. He aquí, no obstante, a un licenciado en Derecho metido en el empeño de explicarnos, desde los antece-



dentos prehistóricos hasta la fecha, en clave marxista-leninista, es decir, según la pauta del materialismo y de la lucha de clases.

Nadie crea que va de broma. Puedo asegurar y aseguro, con más rigor que podía prometer y prometía el duque de Suárez, que toda la argumentación sobre la promiscuidad sexual, primero; el matriarcado, después, y el posterior desarrollo de la existencia primitiva de los vascos, se basa en Federico Engels y alguna referencia a *El Capital*. Hay otras citas, por supuesto, pero de apoyo. «El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado» lo escribió Engels cuando ya estaba dejado de la mano de Marx. El caso es que, siguiendo al antropólogo norteamericano Lewis H. Morgan y, en parte, al historiador suizo Johann Jakob Bachofen, el coautor del «Manifiesto comunista» decide que las tesis del norteamericano sobre los indios iroqueses de su tiempo y las hipótesis del suizo sobre los griegos anteriores al milagro helénico, salvo en el aspecto religioso, son válidas para el mundo entero. Aunque se trate de temibles generalizaciones, esta conclusión le viene a Letamendía como anillo al dedo y decide que es buena para sus abuelos y sus abuelas remotos y, por lo tanto, los nuestros. Volvemos a lo de siempre: para creer estas cosas hace falta por lo menos tanta fe como para creer en el Génesis bíblico. Por otra parte, como se sabe, esta clase de falsedades o, todo lo más, verdades a medias, no suelen ser muy demoledoras si únicamente se quedan en eso.

Pero no. Las mentiras forman la base, los cimientos sobre los que se levanta el materialismo histórico, la teoría de la lucha de clases ha sido y será la eterna tela de Penélope hasta que los hombres, pasada la etapa socialista, alcancen la meta última del comunismo. Entonces, desaparecidas las clases y con ellas las naciones, las comunidades étnicas vivirán entre ellas



en perfecta paz y armonía. Y aquí viene lo aterrador. Esta fase de dictadura del proletariado, hoy escamoteada del lenguaje revolucionario, Marx y Lenin proclamaban que sería relativamente corta gracias a las leyes de la dialéctica capaces de corregirlo todo para bien —tesis, antítesis, síntesis—, con lo cual la fase comunista, la felicidad universal, se ponía en puertas. Ahora, según Letamendía, resulta que no llegará en varios siglos. El proyecto vasco, que incluye lo que llaman Euzkadí norte, en Francia, o sea la Soule, el Labourd y la baja Navarra, más la Navarra española con Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, en unos planes de la posguerra mundial, cuando creían que España iba a ser subastada en Postdam, comprendía también Huesca, La Rioja, el Moncayo y Agreda de Soria, Briviesca de Burgos, Castro Urdiales y el Ebro hasta sus fuentes en Reinosa, de Santander. Es decir, que en tanto se alcanza el fin de las clases y de las naciones, clasicismo y nacionalismo, incluso imperialismo a toda vela. Y así concluye un volumen de no pequeño formato y 446 páginas: «Durante muchos años la antorcha de la causa vasca la han llevado manos que querían dar marcha atrás al reloj de los tiempos. Es hora ya de que levantemos a Euzkadí sobre nuestros hombros y lo lancemos en la dirección que sopla sobre los pueblos el viento de la historia. Brazos poderosos han comenzado ya esta tarea: a nuestra generación corresponde terminarla.» Si alguien no se entera está claro que es, lisa y llanamente, porque no le da la real gana.

En unas recientes declaraciones Sánchez Albornoz, que siempre presume de antecesores vascongados, ha dicho que los vascos son los últimos españoles sin civilizar todavía. No hay zumba en ello, no es ninguna cuchufleta. Tengo otro libro en las manos, «Españoles sin fronteras», a mí dedicado hace un par de meses por su autor, Ma-

rino Gómez-Santos, viejo amigo de la tertulia de César González Ruano. Lo constituyen unos esbozos biográficos, ricos en datos, de Gregorio Marañón, Azorín, Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, Pío Baroja y el propio Sánchez Albornoz, al que acabo de referirme. Todos ellos huyeron de zona roja durante la guerra y antes o después volvieron a España, donde murieron, excepto el último, único superviviente, que ha regresado ahora. La obra, todo un modelo de imparcialidad, lleva un prólogo para mí inexplicable porque no se corresponde con su contenido, aunque eso sea otra cosa. Hay en él una carta que escribe Menéndez Pidal a *Le Temps* y que *Le Temps* no le publica, como respuesta a un artículo donde se celebra el entierro católico de un capitán bizkaitarra en Barcelona. El articulista, que firma con tres asteriscos, considera al pueblo vasco «como uno de los más sólidos reductos de la civilización occidental», por lo cual merece conservar «a los ojos de la cristiandad, su plena y libre personalidad bajo un régimen político capaz de protegerle de forma permanente», contra las convulsiones periódicas que estallan al sur de los Pirineos. «Todo español y todo conocedor de España —escribe Menéndez Pidal— estimaría injusta esa apreciación. Pensará que el principal mérito, o no digamos mérito, el inestimable valor del pueblo vasco, consiste precisamente en haberse negado en absoluto a la civilización occidental de Roma, quedando como preciosa reliquia de la España ibérica, de la cual los vascos recibieron su cultura primitiva y su lengua actual.»

¿Para qué seguir? La carta de aquel eminente septuagenario, que volvería a presidir la Academia de la Lengua Española y que llegaría casi a centenario, era toda ella un canto a la condición españolísima de los vascos, a su participación en la reconquista y a su realización plena en la conquista y en las misiones cristianas de América. Todo eso pasaba cuando, como vemos en el mismo libro, don Gregorio Marañón escribía así a Menéndez Pidal: «Si los rojos (ahora y siempre comunistas, rusos) ganaran, yo no volvería jamás a España. Si los otros ganan, con sus defectos y todo, iré. Prefiero la Inquisición a Inquisición+ pedantería+ mentira+ hipocresía.» En lo cual estamos otra vez, al cabo de los años. De ahí que el señor Letamendía, sin duda conforme con que el barro del País Vasco, su país, vuelva a mancharse de sangre, les explique a sus compatriotas de patria chica que eso, la hipocresía, la mentira y la pedantería, es lo bueno, mientras llega la hora de la universal concordia de la sagrada violencia por la paz. Con el aniquilamiento del hombre, el viaje al marxismo, que no tiene retorno. Si en verdad fuera ése el sentido de la historia, la historia no tendría sentido.

Salvador VALLINA